dido me he transportado aquí para preguntar á estas tumbas y á estos áridos despojos de los hombres que yacen sepultados en las entrañas de la tierra, ¿quáles son sus obscuros destinos?

Ellos me han respondido siempre, que allí estan aguardando el terrible momento en que la trompeta formidable les dará el aviso de que ya es tiempo de presentarse al soberano Juez; que allí aguardan el soplo Divino que los debe animar de nuevo para unirse otra vez con sus almas en los irrevocables destinos de la eternidad. Observad como millares de arbustos frondosos han crecido y prosperado á pesar de tantas calaveras inmobles, y como sus flexîbles raices dirigidas por la insensible mano del tiempo se entrelazan con tantos huesos áridos y yertos entre las cavidades que han formado.

Se diria que impaciente la naturaleza se adelanta al término que tiene señalado su Autor, y quiere anticipar el milagro de la Resurreccion. Se diria que ansiosa de presentarnos esta idea, derrama apresurada toda la vida y calor que conserva en su seno para vivificar quanto encierra en la tierra desanimado y frio, y que nos dice con un lenguage mudo, pero sublime y eloqüente: Todo lo que el tiempo destruye, volverá á reedificarse en la eternidad.

Hijos queridos, que entre vosotros y entre vuestros estudios este sea el principal de todos, y el que os ocupe con preferencia miéntras durare vuestra vida. Que este lugar, que aunque triste encierra tantas instrucciones, sea vuestro mas freqüente paseo, y el objeto de vuestra continua meditacion. Venid á visitarle muchas veces, y siempre que vengais hablad con estos mudos testigos de nuestra caducidad, pero tambien monumentos visibles de nuestras esperanzas. Rogad por los muertos, que sepultados en su cerco estan enseñando el camino, y pedidles que os reciban en el seno de la felicidad.

Yo os aseguro, que en ninguna parte siente mi corazon tantas delicias como las que me inspira este espectáculo sombrío y taciturno. Me parece que esta inmovilidad y este silencio profundo que anuncian el imperio de la muerte, son tambien el magestuoso indicio, el augusto presagio del Divino soplo que debe reproducir y volver á dar la vida á todos estos inanimados despojos de los hombres.

Quanto mas considero los multiplicados montones de huesos descarnados y áridos, que se pudren y se confunden con la tierra, quanto mas veo aumentarse su número, quantos mas cadáveres consumen los gusanos en lo interior de estas tumbas, tanto mas me parece que se acerca aquel gran dia en que deben animarse todos. ¡Y quán grande me parece, hijos mios, el Dios del universo quando le contemplo en la altura de su inaccesible trono, y que allí está como aguardando que la corrupcion acabe de reducir á polvo todas las generaciones humanas para comunicar su vida y eternidad sobre todas ellas!

Mi amigo nos dixo otras muchas cosas de esta especie. Nosotros le escuchábamos con veneracion. La enardecida vivacidad de sus ojos, la nobleza de su expre-

sion, y los acentos penetrantes de su voz afectuosa daban á su tono tanta fuerza, y parecian introducir sentimientos tan sobrenaturales y divinos, que sentiamos inflamar nuestras almas con su mismo fuego. Nuestra atencion sumisa, y nuestro silencio reverente tenian el ayre de un culto religioso; pero lo que añadia mucho á nuestra satisfaccion era verle hablar con tanto vigor y entereza, pues esto nos acreditaba su robustez y el recobro de su salud.

En efecto no parecia entónces ni alteracion en su semblante, ni diminucion en sus fuerzas, y quando volvimos á casa tuvimos sin novedad nuestros acostumbrados exercicios. Al otro dia no salió, porque el Médico le habia ordenado ciertos remedios que produxéron los efectos deseados, de modo que el siguiente dia se halló en tal estado de salud, que resolvimos ir aquella tarde otra vez al Cementerio. Yo empezaba á lisonjearme con la esperanza de que no seria cierto su presentimiento, y daba gracias á Dios de que nos dexase todavia un hombre que era tan útil para nuestra edificacion, y tan necesario para el establecimiento de sus hijos.

Llegó pues la hora y nos encaminamos al Cementerio. Pero ¡ay! este melancólico paseo tan delicioso entónces para mi amigo, y de tanto consuelo para nosotros era el último que Dios concedia á nuestros ruegos. Desde que llegamos, mi amigo se puso de rodillas delante del Altar, y mas de una hora se mantuvo postrado en la inmovilidad de un grave y profundo recogimiento. Su semblante estaba inflamado, y sus ojos inundados de lágri-

mas. Su hijo mayor que estaba por detras y cerca de él, volviéndose á mí me significó su extrañeza y su inquietud, y animado con la mia se levantó y dixo á su padre, que ya era demasiado estar tan largo tiempo de rodillas, y que esto le podia incomodar.

Mi amigo volvió en sí como si despertara de un sueño, y sentándose le dixo: Hijo mio, tú me arrancas una satisfaccion, una dulzura con la que no puede compararse nada de lo que se llama placer en esta vida. Estaba meditando estas palabras de Job: Yo sé que mi Redentor vive, y que en el último de los dias me levantaré de la tierra para ver á mi Dios con los mismos ojos con que ahora veo lo que está delante de mí. Esta es la dulce esperanza que consuela mi corazon. ¡Dios grande! añadió, ¿cómo una Religion Santa que nos promete tan altos dones, ha podido tener ningun enemigo de su verdad y sus promesas? Despues nos hizo sobre el mismo asunto muchas reflexîones tan justas como luminosas, y yo no cesaba de levantar mi corazon al Cielo para darle gracias de su recobro.

Pero no fué de larga duracion nuestro consuelo, pues aunque despues de llegar á casa pasó algun tiempo sin novedad, quando llegó la hora de los exercicios devotos de la noche, y que uno de sus hijos se preparaba á empezar la acostumbrada lectura, mi amigo con un movimiento extraordinario gritó: Misericordia, Dios mio. Corrimos á socorrerle, y ya le hallamos sin razon ni sentido. Su letargo era profundo, y yo temia que fuese precursor de la muerte. El Médico vino apresurado, y á pesar de sus esfuerzos no pudo hacerle volver en sí. Mas

de dos horas duró esta tan entera enagenacion, hasta que Dios quiso que poco á poco volviese á la vida, y recobrase el uso de sus sentidos.

Quando ya estuvo capaz de ver y discernir los objetos, derramó la vista sucesivamente sobre sus hijos y los demas que rodeábamos su lecho, adonde le habiamos transportado. Sus hijos que hasta entónces no habian dexado de llorar, no pudiéron contenerse, y prorrumpiéron en sollozos; pero mi amigo levantando un poco la cabeza, y ostentando en su semblante aquella séria dignidad, que le era tan natural, me dixo: ¡Qué, Mariano! ¿este es el fruto de la educacion Christiana que les hemos procurado dar?

Despues volviéndose á ellos les tomó las manos, y con una voz dulce y enternecida les dixo: Hijos mios, hijos de mi corazon, ¿no quereis que beba el Cáliz que el Señor me envia? Y con esto se volviéron á renovar sus lamentos y nuestras lágrimas. El Médico nos dixo, que era menester calmar la viveza de nuestros sentimientos, que podian incomodarle. Con esto hicimos salir á sus hijos y los demas. El Médico y yo quedamos solos, y en un silencio profundo para procurarle algun reposo, y en efecto poco despues le vimos alentar con la dulce respiracion de los que duermen.

El Médico se acercó al lecho para exâminarle, y me aseguró que era un sueño blando y apacible. Se determinó á pasar allí la noche para observarle, y estar pronto quando despertara. Yo fuí á hacer acostar á los hijos, y volví con el fin de hacerle compañía. El sueño del enfermo duró hasta las quatro de la mañana. Quando despertó pareció sorprehendido de encontrarnos allí, y nos preguntó la hora, se la diximos, y nos manifestó alguna pena de habernos hecho pasar tan mala noche, añadiendo que todavia no le parecia tan urgente este cuidado.

El Médico se informó de lo que habia sentido interiormente en aquellos dos ataques, y le respondió, que uno y otro no habian traido ninguna preparacion antecedente, y que ambos habian sido golpes súbitos. Que la única sensacion de que le quedaba alguna idea era, como que sentia alguna cosa que le queria sofocar. Que en el primero habia sentido este efecto mas tiempo, porque no habia perdido la razon, y habia luchado contra su violencia; pero que el segundo, aunque mas fuerte, lo habia sentido ménos, porque se habia enagenado, y no podia dar razon de sí. Me parece, continuó, que tengo un enemigo interior que va adquiriendo fuerzas, y desenvolviendo progresivamente su violencia; pues la primera vez me dexó libre el uso de los sentidos, y en la segunda me los ha quitado. En verdad, añadió sonriendo, que si va con pasos tan largos presto llegará al término.

El Médico le ordenó algunos remedios, que tomó con docilidad, y parecia tan bueno y despejado como si no hubiera tenido nada; pero esta mejoria pasagera no me tranquilizaba ya, pues la experiencia me habia hecho ver que su mal era pérfido y traidor. Á las seis dixo mi amigo que deseaba levantarse, y que le parecia que estaria mejor en pie que acostado. El Médico respondió, que no veia ningun inconveniente, y que por el con-

trario pensaba que la sangre circularia mejor. Nos pasamos á la pieza inmediata para darle lugar de vestirse, y yo me aproveché de esta oportunidad para buscar algun sosiego á mi inquietud.

Pregunté pues al Médico, qué juicio formaba de aquella enfermedad, y con los ojos llenos de lágrimas me respondió, que era un polipo en el corazon. ¿Y qué, le dixe yo, no hay remedio? No, me volvió á decir. La medicina no le conoce, y quando le hubiera, ¿cómo seria posible aplicarle á lo mas íntimo y escondido del pecho? Estas son entumecencias que se forman en sus interiores cavidades. Estas se llenan continuamente con el humor que cae en ellas; quando cae tanto que ya no pueden contenerle, revientan, y al reventar producen estas súbitas explosiones que causan estos desmayos y enagenaciones. Si la naturaleza tiene bastante fuerza para resistir á su violencia pasan, y el enfermo se halla tan bueno como sino tuviera nada.

Pero la desgracia es, que miéntras goza de esta aparente salud, las cavidades vuelven á llenarse, y sigue alternando esta lucha de ataques y victorias hasta que llega una tan violenta á que la naturaleza cede, y la muerte triunfa. Como nadie puede saber el grado de fuerza que trae cada ataque, nadie puede tampoco conjeturar quál será el último. En general pocos suelen bastar para el estrago, y los de nuestro enfermo han empezado con tanta violencia, que temo que no pueda sufrir muchos. Ya no hay momento seguro, cada instante es un peligro, y es indispensable manifestarle el riesgo para que tome sus disposiciones.

Miéntras el Médico hablaba un sudor frio me cubria todo el cuerpo, y con una vista rápida se me presentáron la pérdida que ibamos á hacer, y los embarazos en que yo quedaba con su casa y sus hijos. Levanté mi corazon á Dios, y sin saber lo que hacia me puse de rodillas para presentarle mi humilde sumision. Allí le ofrecí el sacrificio de la vida de mi amigo uniéndole con el de nuestro Redentor, y pidiéndole que aceptase tambien el mio. En esto nos viniéron á avisar que ya estaba levantado, y nos esperaba; le encontramos vestido, y me dixo al entrar: Apuesto que nuestro Don Francisco te ha explicado el juicio que forma de mis accidentes.

Sí, le respondí yo, y me ha hablado con la sinceridad de un hombre de bien. Entónces le repetí literalmente todo lo que me habia dicho, sin exâgerar ni disminuir nada. Mi amigo lo escuchó con un semblante plácido y sereno; pero quando acabó de oirme animándose la alegría de sus ojos, y la sonrisa de sus labios, extendió los brazos, y presentándonos sus manos que nosotros enlazamos con las nuestras, exclamó: Vé aquí dos buenos Christianos, dos amigos verdaderos: que el Cielo que me los ha dado les depare otros tan sinceros y fieles. Despues haciéndonos sentar continuó diciéndonos: Amigos, no me decis nada de nuevo, nada que yo no sepa. Dias ha que conozco que se acerca el término de mi vida, y ya se la he ofrecido á Dios en sacrificio de expiacion por mis pecados.

No ignoro que la muerte es el castigo del peca-

do, y el que ha cometido tantos como yo debe aceptarla con espíritu de penitencia para obtener su perdon. Amigos, quando yo considero lo horrendo que es caer en manos del Dios vivo, quando no ha habido tiempo de purificarse de sus iniquidades y delitos; quando me acuerdo que pude morir de repente, y sin un momento de separacion entre la violacion de la Ley y la presencia del Juez supremo, me confundo, me abato y me horrorizo; y quando considero que he pasado muchos años de mi vida culpable expuesto cada instante á este peligro, me estremezco de terror, y doy gracias al Dios de las misericordias de que no me haya querido sorprehender en un tiempo en que mi perdicion eterna era inevitable, y de que se ha dignado esperarme, y darme luces para reclamar su bondad por los méritos de nuestro Salvador.

No nos aflijamos pues; y que las luminosas ideas de la fe sean mas fuertes en nuestro corazon que los sentimientos naturales de la flaqueza humana. Dios me llama, y debo responderle como Adan: Aquí estoy. Mis delitos debieran aterrarme; pero su misericordia me alienta, y á pesar del largo desórden de mi vida iré con confianza á presentarme delante de un Padre amoroso que me ha dado el tiempo y los medios de lavarme con las aguas de la Penitencia, que se ha dignado admitirme á su Mesa sagrada, y que ahora mismo me va á repartir el pan del Cielo que comunica la inmortalidad.

Armado con estas armas, lavado con la Sangre del Cordero, y cargado con todos los méritos de Jesu

Christo que no los adquirió sino para mí, pues para sí no los necesitaba; ¿por qué no me arrojaré con alegría entre los brazos de un Dios de amor que me llama, y que desea mas que yo mismo darme una parte de los tesoros de su Gloria? ¿Qué es lo que pierdo? Una vida ya cansada, que mi perversidad hizo delinqüente muchos años, que sus luces y auxîlios reformáron algunos dias, y que siempre estaba cercada de peligros.

Ahora pues es quando voy á empezar una vida de gloria que nunca acabará; ahora es quando ya llega el dia de la esperanza, y que iré á ver á mi Dios. Sí; yo iré á verle. Su infinita bondad me inspira esta confianza, y los méritos de mi Redentor me dan el derecho. Jesu Christo Crucificado pagó todas mis deudas con sus divinas satisfacciones, y estos son mis títulos. Los Ángeles y demas Bienaventurados si han tenido noticia de mis muchos y grandes atentados, se sorprehenderán de verme entrar en las mansiones celestiales, de saber que voy á ser el compañero de sus dichas, y á entonar con ellos los cánticos del gozo y del amor. Pero esto solo acabará de hacerles conocer la inmensa bondad de nuestro Dios, les hará ver hasta dónde llega la extension de su misericordia, y les hará inventar nuevos himnos de admiracion para cantar su gloria.

Aquí las lágrimas que hasta entónces solo le asomaban en los ojos atropellándose en tumulto, se desatáron en raudales caudalosos. Se pone de rodillas, besa la tierra, y con voz mas esforzada dice: Sí, Dios de bondad, Dios de misericordias, que has tratado

con piedad tan Divina á la mas perversa de tus criaturas, yo acepto con todo mi corazon la muerte que me envias. *Ita Pater*: sea así, Padre universal de todos los hombres; pues así lo dispones, hágase tu voluntad. Acepto la muerte en espíritu de penitencia, porque es el castigo que impusiste al pecado; pero junto la mia con la muerte de tu Hijo Divino, para que pueda servir de expiacion á mis muchos y enormes delitos.

Hagase tu voluntad, porque es tuya; hagase, porque siendo tuya me será favorable. Espero que has perdonado mis iniquidades, y que á pesar de su innumerable muchedumbre me recibirás en el seno paterno de que me sacaste; porque tú eres mas bueno que lo que yo he podido ser malo; porque tu misericordia es mayor que mi perversidad; porque reclamo en mi favor los méritos de Jesu Christo, que son mios, pues me los cedió en la Cruz, y dexó pagados todos mis delitos con sus infinitas satisfacciones; porque no desprecia un corazon contrito y humillado; y en fin porque pues moriste para redimirme, tú me ayudarás para salvarme.

Esta oracion fué articulada con tanto llanto y afectos tan sentidos, que nosotros nos deshaciamos en lágrimas. El Médico temiendo que tan impetuosa efusion de sentimientos apresurase los síntomas del mal, se acercó á él, y tomándole por la mano como para ayudarle á levantar le dixo: Sosegaos, señor: ya Dios os ha escuchado, y por ahora necesitais de reposo. Mi amigo se levantó; pero continuó diciéndonos otras cosas de la misma especie.

Quando logramos que calmara un poco los impetuosos ardores de conmocion tan viva, me dixo: Mariano, pues que cada instante es un peligro, no perdamos ninguno. Avisa al Cura para que venga á confesarme. Yo le pediré que me trayga inmediatamente el Viático de mi largo viage, y que no olvide el Oleo sagrado que debe ungir las ruedas del carro que debe conducirme. El Cura habia sido su Confesor ordinario desde que se estableció en esta Poblacion. Ántes de venir este, pregunté á mi amigo si le recibiria en pie, y él me respondió, que una vez que la enfermedad lo permitia, esto le parecia mas decente.

Entónces reflexioné que era menester preparar un Altar para recibir al Señor, y que si se sabia que era para mi amigo, querria acompañarle mucha gente. Con esta idea le propuse que podiamos preparar el Altar en el Gymnasio. Esta era una grande sala baxa consagrada á los exercicios de los niños en los momentos de su recreacion quando el tiempo era húmedo ó lluvioso, y por su mucha extension daba lugar á un gran concurso. Mi amigo lo aprobó, y yo salí á ponerlo en execucion.

Miéntras el Cura quedó solo con mi amigo para confesarle, yo me ocupé en ponerlo todo corriente, y apénas salió aquel para volver con el sagrado Viático, quando mi amigo me llamó, y me dixo: Yo no quisiera ver á mis hijos en este momento en que su presencia puede conmover mucho mi sensibilidad, y quisiera emplear todas las facultades de mi alma únicamente en la visita que voy á recibir. Te ruego, Mariano, que los lleves á la Iglesia para que acompañen al Señor de ida y vuelta, y que los